

RAMIRO GONZÁLEZ



CORAZONES EN EL UMBRAL



Un año después

CAPÍTULO 1

Termina de teclear. Introduce un punto final para concluir el texto, y escribe un título formado por tres palabras. Vuelve a leerlo con calma, para asegurarse de que está satisfecho con el resultado. Pero ante todo, lo que quiere es que sea sutil. Fue su profesor de literatura en el último curso quien le sugirió la sutileza como herramienta, para no ser evidente. La buena literatura se compone de metáforas, de analogías, de exigencia con el lector; esto es algo que el profesor les repetía siempre. Tras leerlo una vez más, concluye que resulta sugerente, y Gabriel se queda satisfecho. Aunque de pronto siente las manos sudorosas. Lo que ha escrito es algo tan íntimo que no está seguro de si será buena idea publicarlo. Un momento de duda le sacude en su interior, pero enseguida piensa en su mejor amigo, en ese que nunca le abandona, y que siempre le ha ayudado a tomar buenas decisiones.

—Jesús, ¿qué debo hacer? —pregunta Gabriel en voz alta, reclinado en su cama, con el portátil en las piernas.

Ha pensado en las consecuencias que puede tener si alguien del colegio descifra el texto (realmente, la única que podría leer entre líneas es Lucía, su buena amiga de

clase). Publicar ese conjunto de párrafos supone ser vulnerable a ojos de los demás. Contempla la pantalla, donde las palabras que ha escrito se agolpan como una pesada losa, y no puede evitar acordarse de esos fantasmas encadenados de los que hablaba Dickens; ese Jacob Marley que se aparece a Ebenezer Scrooge, arrastrando varias cadenas, pues en la vida había dejado unas cuantas cosas pendientes. El cuento de navidad le dio miedo a Gabriel desde niño, y tiene claro que no quiere arrastrar ninguna cadena al morir. Reúne toda la fuerza de la que es capaz, sin dejar de encomendarse a Jesús, y pulsa la tecla de publicar. En cuestión de segundos, la entrada sale en la portada de su web personal, y no puede evitar volver a leerla:

AMOR, SOLEDAD, FE

A veces creo que el amor es un milagro que no todos tienen la suerte de ver. Lo busco en cada palabra de la Biblia, en cada oración, en cada gesto pequeño de la vida. Pero también duele. Porque amar no siempre es ser amado. A veces, el corazón se queda solo en la multitud, y la soledad se convierte en una oración muda.

En estos momentos, cuando la oscuridad parece más fuerte, encuentro que la fe es la luz que me sostiene. No es una luz fácil, ni perfecta, ni siempre clara; pero es la que me dice que no estoy solo, que mi amor, aunque silencioso, es válido. Que Dios me ama tal y como soy, con mis miedos y sueños.

Hoy escribo esto para todos los que sienten que aman en secreto, que sufren en silencio, que buscan esperanza en medio del vacío. No pierdan la fe. Porque el amor verdadero siempre encuentra camino, incluso en la oscuridad.

Gabriel L.

De momento, el mensaje no tiene visitas. Es complicado, teniendo en cuenta que ha pasado la madrugada, y que mañana sigue siendo día de colegio. Gabriel sabe que debería dormir, porque si no cuando su madre venga a despertarle va a ser un suplicio levantarse. Pero se encuentra agitado, nervioso, emocionado; y al mismo tiempo, un poco preocupado. ¿Qué pasará cuando cierta persona lo lea? Porque este mensaje va dirigido de forma clara a alguien en concreto. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», piensa Gabriel. Pero hay veces que esto solo se cumple a nivel teórico, por eso el mundo da cada vez más miedo. La escritura es catarsis, y le ha ayudado a disipar esos temores. El chico se sorprende al escuchar el sonido de la campanita que tiene en la web, que le indica que ya tiene un comentario. ¿Y si es...? Prefiere no pensarlo, y pincha en él como si se arrancara una tirita. Lo escribe *Lucy-46*, y Gabriel sonrío: «Gracias por tus palabras. Somos muchos los que amamos en silencio».

Es su amiga Lucía, que siempre es la primera en leer sus publicaciones, y en animarle a que siga con la escritura. Cierra la pantalla del portátil y lo deja sobre la mesa.

Apaga la luz y se mete en la cama. «Gracias, Jesús, por todo», susurra antes de dormirse.

Al día siguiente, la luz del sol entra por su ventana, iluminando su cuarto, una estancia cuadrada con una mesa de estudio repleta de libros de texto y trabajos varios del colegio. En la pared derecha hay una estantería que forma una pequeña biblioteca, y entre los diferentes libros destaca *El Principito* de Antoine Saint-Exupéry, que ha leído varias veces. Las paredes están adornadas con posters de temática religiosa. El joven tiene una pasión: la tradición católica; no como ideología, sino como forma de vida. En ocasiones dice que su objetivo vital es estar lo más cerca posible de Jesús. La habitación refleja la personalidad de Gabriel, un adolescente como otro cualquiera en muchos aspectos, aunque poco común para estos tiempos de secularización y carencia.

Tiene 17 años, y las mismas preocupaciones de un joven de su edad, situado en una especie de limbo, pues ya no es un niño, pero tampoco es adulto del todo. No está ajeno al mundo que le rodea; hay veces que comenta las noticias con su madre, y a pesar de que todo parece ir a peor. Gabriel logra sacar una sonrisa y plantarle cara al miedo que se inocular diariamente desde los medios de adoctrinamiento de masas. Porque quien a Dios tiene nada le falta, como diría Santa Teresa de Jesús.

Al despertarse con una luz radiante que da comienzo al nuevo día, Gabriel no puede evitar recordar el texto

que publicó anoche: «Amor, Esperanza y Fe». Tres conceptos clave en los que resuena con potencia el profundo significado de la Pasión y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Piensa que a lo mejor recupera estos conceptos en un próximo texto; pero ahora debe prepararse para ir al colegio. Al caminar hacia la puerta de la habitación, por el rabillo del ojo, ve el portátil cerrado encima de la mesa. Antes de hacer nada tiene que comprobar si ha habido más lecturas a lo largo de la noche.

Levanta la pantalla, la luz ilumina la portada de la web. Y debajo del texto se encuentra con que tiene más de cien mensajes. Con nerviosismo pincha en el icono, y en pocos segundos se despliega ante él un panel de respuestas, repletos de emojis con caras sonrientes, de manos en posición de oración; símbolos que hacen referencia a un amor, una esperanza, una fe compartida por muchos. Mensajes de agradecimiento, de personas que han sabido ir más allá de lo evidente, y que se sienten identificados con lo que expresa Gabriel. De pronto, se abre la puerta de la habitación:

—¿Qué haces, Gabriel? ¡Hay que ir al cole, venga! ¡Ducha y desayuno, rápido! —dice Giulia, su madre, entre nerviosa y risueña.

—Hoy no tengo ganas de ir —responde Gabriel, fingiendo pereza.

—¡A mí me encantaría conocer a Brad Pitt, pero no siempre conseguimos lo que queremos! ¡Date prisa, que tenemos que salir antes de pillar atasco!

Gabriel se arregla con rapidez y se lleva un bollo para tomar por el camino. En la cafetería del colegio ya buscará un zumo para beber. No tardan mucho en salir de casa para no pillar un atasco. Toman Viale del Muro Torto, que serpentea como una arteria gris entre la Villa Borghese y los muros antiguos de Roma, con el tráfico fluyendo —o mejor dicho, arrastrándose— como un río espeso de coches, motos y autobuses escolares que protestan con cláxones sordos. A un lado, el alto muro de ladrillo rojizo —curvado, gastado, cubierto de parches de musgo y cicatrices del tiempo— se eleva con una presencia casi solemne. Es el «muro torcido», como lo llamaban los romanos, un fragmento de la antigua muralla Aureliana que parecía inclinarse ligeramente, como si se hubiera cansado de sostener la historia de la ciudad.

Del otro lado, el Parque de la Villa Borghese aparece por momentos entre las rejas de hierro forjado y los troncos de los pinos romanos, altos y delgados, que parecen vigías inmóviles entre el follaje. El aire huele a una mezcla de hojas secas, gasolina y *espresso* de los bares cercanos, arrastrado por el zumbido constante del tráfico. En las mañanas, el Viale es una especie de campo de batalla elegante: conductores con prisa, turistas despistados mirando mapas desde taxis parados, y repartidores en moto que se cuelan entre los carriles como peces entre corales. Las farolas de hierro negro, de diseño clásico, flanquean la vía con una elegancia silenciosa, aunque de día pasan casi desapercibidas. Solo cuando el sol se esconde detrás

de los edificios del Tridente, sus luces ámbar revelan las sombras largas del muro y los coches estacionados, como si toda la calle retrocediera en el tiempo.

Llegan justo a tiempo de la hora de entrada al colegio. Situado entre los jardines menos transitados de Villa Borghese, en una parte del parque donde los turistas apenas se aventuran y solo los padres, los jardineros y los corredores de las siete de la mañana conocen los caminos de tierra que llevan hasta allí.

Una reja alta de hierro forjado, semioculta entre cipreses y rosales trepadores, señala la entrada principal. No hay cartel moderno ni banderas. Solo una placa de bronce descolorida que reza: «Istituto Educativo San Liborio — Fondato nel 1923». El nombre parece susurrado más que anunciado, como si el colegio prefiriera que solo lo encuentren quienes realmente lo buscan.

El edificio principal es una antigua villa de finales del siglo XIX, de fachada clara, persianas de madera verde y tejado a dos aguas cubierto de hiedra. No es grande, pero sí imponente a su manera: hay algo solemne en sus líneas rectas, en el campanario modesto que sobresale del ala derecha, y en la forma en que los muros parecen guardar ecos de generaciones pasadas.

Las aulas se distribuyen en dos pisos. De los pasillos emana el olor de libros viejos, tiza y cera para suelos. Los pupitres son de madera maciza, con nombres tallados a cuchillo por niños de otras épocas. En las paredes, crucifijos discretos conviven con mapas físicos de Italia,

dibujos de alumnos y retratos de antiguos directores vestidos de negro.

El patio trasero es una mezcla encantadora de orden y salvajismo: un campo de tierra con porterías metálicas torcidas, y más allá, una higuera que los alumnos usan como escondite secreto. Cuando hace buen tiempo, las clases de literatura se dan en el exterior, en un pequeño anfiteatro de piedra cubierto por glicinas.

Los profesores son en su mayoría italianos de mediana edad, formales pero cariñosos, y hay una hermana mayor —Sor Clara— que aún se encarga de la biblioteca, una habitación con techos altos, ventanas con cristales emplomados y una luz dorada que lo envuelve todo como en una iglesia. Más allá de la reja, un pequeño sendero de grava cruje bajo los pasos, flanqueado por bancos de piedra desgastados y faroles de otro siglo. A medida que uno avanza, se abre un claro en medio del verde, y allí emerge el colegio, como un secreto guardado entre los árboles.

—Ya tienes el pelo muy largo, quizás debas cortártelo un poco —le dice Giulia a su hijo.

—A mí me gusta así —sonríe Gabriel.

—¿A ti o a alguna chica de clase? —pregunta su madre, divertida.

—¡Vale, mamá, déjalo!

Suenan varios cláxones en el aparcamiento que da al sendero de piedra que conduce a la entrada del centro.

—Te noté un poco preocupado anoche. ¿Va todo bien?

—No te preocupes, todo está bien —asiente Gabriel con una sonrisa amplia.

—¿Te apetece esta noche un plan de pizza y peli?

—Vale —responde Gabriel, entusiasmado. Da un beso a su madre en la mejilla y se baja del coche.

El día va pasando con cierta tranquilidad. Disfruta buena parte de la mañana, con las clases de Historia y Religión; pero a eso del mediodía, poco antes de comer, toca el infierno de las Matemáticas, que a Gabriel nunca le han entusiasmado. Por la tarde, tendrán Educación Física, y hoy toca jugar un partido de baloncesto. Gabriel es deportista, y suele quedar con sus amigos para practicar tanto el baloncesto como el tenis, y de vez en cuando, el fútbol, que no es lo que más le gusta.

Cuando menos se lo espera, Gabriel se encuentra en el gimnasio del colegio, esperando a que algún compañero le pase la pelota, pero él también lucha por captarla. Desde las gradas le observa Lucía, que hoy no se encuentra con ganas de hacer deporte. Se saludan desde la distancia y Gabriel vuelve a concentrarse en el partido. Faltan treinta minutos para acabar la clase. Al final, están todos un poco exhaustos, y Gabriel se da prisa en ser de los primeros en llegar al vestuario; prefiere que no le vea cierto compañero.

Tras darse una ducha, se acerca a la taquilla donde guarda la ropa para vestirse. Tarda normalmente en hacerlo, pero no pasa nada porque hoy ya han acabado las clases. Se sienta en un banco, pensando en diferentes cosas, y entonces por la espalda se acerca alguien:

—Hola.

Gabriel se sorprende al ver la cara de Nico, el encuentro que precisamente quería evitar. Su cerebro se activa a toda pastilla: «¿Estará cabreado? ¿Habrá leído lo que escribí?». Preguntas que se agolpan en un momento. Al mismo tiempo, no puede evitar fijarse en su cara perfecta, en su media sonrisa, en su pelo castaño, en sus brazos atléticos.

—Hola, Nico —responde Gabriel, nervioso, aunque sonriente.

Nico se ajusta la mochila a la espalda y responde:

—El *finde* vamos a hacer una fiesta en casa de Paolo, por si te quieres venir.

Gabriel piensa: «¿Está pasando de verdad? No puede ser, seguro que me lo pregunta solo por compromiso», parece decirle una voz incómoda que se ha instalado en su cabeza desde que las hormonas comenzaron a hervirle.

—¿Qué dices? ¿Te vienes? —insiste Nico, y lo hace con su impresionante media sonrisa.

Gabriel no tenía previsto un escenario parecido, por lo que queda en responderle mañana.

—Ok, *ciao*, Gabi.

«¿Desde cuándo me llama Gabi?», piensa el chico. Termina de recoger sus cosas y sale del colegio. Hoy le toca volver a casa con tranquilidad, un paseo que le gusta. Deja atrás el murmullo de los pasos en los pasillos., y al doblar junto a los Giardini di Valle Giulia, respira con fuerza: a su alrededor, los arbustos recortados y dos estanques recuerdan que está en un reino privado, donde